Un Frac Cargado de Historia

Por

Raúl TORRES Rodríguez

Capitán de fragata (R)

Armada de Chile

En aquella Marina antigua que nos tocó vivir, se guardaba especial culto al uniforme, observando rigurosamente las costumbres de la Armada británica, de la que eran copia exacta, no solamente en cuanto a diseño, sino en cuanto a su empleo se refería. Así, la levita, casaca, frac, pantalón con galón, apuntado, charreteras o tiros bordados, no podían faltar en el ropero de un oficial que se considerara ordenado, especialmente aquellas prendas como la levita, que era indispensable para el servicio de guardias, bajadas a tierra de uniforme, o en cualquiera comisión del servicio. Aquellos cuyas finanzas no eran del todo florecientes, se conformaban con lo más indispensable; con el tiempo iban completando su equipo. Si en alguna oportunidad necesitaban una de esas prendas que no poseían, no era difícil conseguirla de otro oficial. Algunas, como la casaca y el frac podían hasta suprimirse del ropero: la primera se empleaba casi exclusivamente en el día de bodas; el segundo, en las recepciones sociales. Llegado el momento, la casaca era fácil de conseguir y con respecto al frac, si no se disponía de uno, sencillamente no se iba a la recepción. Sin embargo, como en aquellos días todas las fiestas eran de etiqueta, apenas nos era posible, completábamos nuestro ajuár con tan elegante prenda.

Entre los compañeros de mi época, ingresaron a la Escuela Naval dos hermanos ligados por lazos sanguíneos a uno de los más distinguidos almirantes de esos días, preciado honor que ellos ostentaban con no disimulado orgullo. Cuando salieron al servicio, ya el almirante había fallecido. Terminado el viaje de instrucción, uno de los hermanos abandonó el servicio, continuando el otro la gloriosa carrera de su antepasado.

Al morir el gran marino, sus familiares acordaron ceder al Museo Naval sus condecoraciones, espada, casaca, apuntado y otras prendas correspondientes principalmente a su último rango, conservando en el hogar numerosas especies del surtido ropero del almirante, que era, aparte de muy conservador en sus costumbres, ordenado y meticuloso en extremo. Entre tales prendas figuraba una levita de guardiamarina de primera clase, confeccionada cuarenta años antes en Inglaterra, del más fino paño británico, dotada de un hermoso galón, con botones macizos que eran como oro de ley. Se trataba, sin duda, de un recuerdo sentimental.

Cuando nuestro compañero ascendió al primer galón, sus padres celebraron el acontecimiento con una fiesta familiar íntima, ocasión que los herederos del re-

cordado marino consideraron como muy oportuna para obsequiar al continuador de la tradición naval de la familia, la bien conservada levita. El la aceptó gustoso, no para usarla pues no era de su talla, sino para conservarla como una reliquia. Para su uso personal ya había ordenado una a medida en la Cooperativa Naval.

Guardó pues dentro de su equipo la preciada prenda solamente como una joya, testigo material de la sangre que corría por sus venas.

Por aquellos años, era muy corriente que en las naves en que no había un sastre o un peluquero embarcado, algún marinero o fogonero aficionado desempeñara tales oficios en sus horas libres, con lo que lograba aumentar ligeramente sus ingresos.

El flamante guardiamarina de mis referencias se hallaba embarcado en un crucero donde no había sastre, pero sí un panadero que en sus ratos de ocio había aprendido la profesión: se encargaba a bordo de planchar ternos de civil a los oficiales o de reparar pequeños desperfectos en las tenidas de los tripulantes, y no lo hacía del todo mal, a pesar de lo cual, a nadie se le habría ocurrido ordenarle la confección de un traje sobre medida, para lo cual el buen hombre no se sentía capaz. Sin embargo, mi amigo le dio la oportunidad disponiendo le transformara la hermosa levita en frac. Fue una idea genial que el sastre aficionado apreció debidamente, no solamente por el beneficio pecuniario que esta obra le reportaría, sino porque era un reconocimiento a sus méritos y significaba una propaganda magnífica, que posiblemente haría pensar a más de un oficial sobre la conveniencia de hacerse a bordo un traje de civil, aportando únicamente el corte de género que el valiente sastre trabajaría con esmero.

Puso pues manos a la obra con gran interés: sacó modelo y se guió por otro frac —no sin dificultades trazó los faldones—, aprovechó los galones y botones sabiamente; utilizó con verdadero arte, en una palabra, el fino material producto legítimo de la industria británica. En dos o tres semanas dio término a lo encomendado y, en verdad, realizó una verdadera joya: el fino paño de Oxford Street, los botones casi de oro macizo, los maravillosos galones sabiamente aprovechados, lucían espléndidos.

El joven oficial, de temperamento en extremo sociable, simpático, gracioso, de buena prestancia varonil, conquistador afortunado ahora, con ese hermoso frac fue, durante un año, el galán preferido de todas las damas, sin distinción de edades, a lo largo del litoral.

A fines de ese año fue designado entre quienes debían trasladarse a Inglaterra para traer al país nuestro acorazado. Ya sus finanzas habían mejorado ostensiblemente gracias a su espíritu ahorrativo y sanas costumbres; por lo demás, se daría a los oficiales que cumplieran tal misión, anticipos extraordinarios para que aprovecharan completar su equipo en las grandes tiendas londinenses. Resolvió entonces deshacerse de su hermoso frac y tuvo una idea genial: se lo cedió a un compañero a quien le quedaba a la perfección, pero con ciertas condiciones:

—No te lo obsequio —le dijo—, te lo vendo y fijo su valor en cinco pesos que me pagarás rigurosamente, por cuya venta extenderé la factura respectiva. Pero ese frac deberá permanecer siempre con un galón; el día que estés en condiciones de hacerte otro, o simplemente cuando asciendas, deberás venderlo en igual suma a otro compañero, que obligadamente deberá cumplir mis disposiciones.

Diez meses después llegué transbordado al crucero, en circunstancias que el entonces dueño de la codiciada prenda, por su antigüedad, estaba próximo a ascender. Al saberme que no poseía frac y previa comprobación que me quedaba perfectamente, cumplió lo prometido, vendiéndomelo en los mismos cinco pesos, previa factura y dándome a conocer las condiciones que estaba obligado a respetar y cumplir. ¡Qué de satisfacciones experimenté ese año! De norte a sur del país jamás falté a una fiesta de etiqueta, luciendo como pocos, con prestancia y gracia. ¡Qué de conquistas, qué de hermosas oportunidades!

Cuando estaba próximo a ascender, fue designado ayudante del instructor de guardiamarinas en el buque-escuela, uno

de los embarcados en nuestro crucero, gran amigo, a quien el frac le venía de perlas, no solamente por quedarle a la perfección, sino también por serle indispensable para ese viaje proyectado al Mediterráneo y de regreso al Atlántico, Brasil, Uruguay y Argentina.

Como era lógico, aproveché la ocasión para cumplir el compromiso contraído y se lo vendí en igual suma, dándole la factura correspondiente, a la vez que poniéndolo en conocimiento de las cláusulas que estaba llamado a respetar. Cuando estuvo de regreso, se lo vendió a otro en iguales condiciones y éste a otro y otro y otro.

Pasaron diecisiete años. Siendo capitán de corbeta antiguo, por entonces en el puerto militar, un día nos reunimos a cenar, ocasionalmente, el primer dueño de la tan preciada prenda de uniforme, por entonces comandante embarcado; mi antecesor, también comandante, cumpliendo servicios en una repartición de la base y yo. Durante la cena, comenzamos a recordar aquellos lejanos días de guardiamarina y, entre los hechos anecdóticos, vino a la memoria aquella magnífica prenda que tanto nos había acompañado. Tuvimos una idea: indagar su final.

Escribimos primero a quien me había sucedido, por aquellos días también capitán de corbeta, de dotación en una repartición de la Primera Zona Naval, rogándole nos diera el nombre de aquel que lo había heredado y pidiéndole nos proporcionara un ligero relato acerca de los servicios que ese frac le había prestado. Cuando obtuvimos su respuesta nos dirigimos al sucesor y luego al siguiente hasta lograr cerrar la cadena, obteniendo de todos sabrosísimos comentarios y elogios inconmensurables a tan preciada joya.

Durante esos diecisiete años, había tenido veinte dueños, muchos de los cuales estaban ya fuera del servicio, otros embarcados y los más en reparticiones navales a lo largo del litoral. Los había de todos los grados hasta un teniente segundo contador que fue quien cerró la cadena.

Cuando tuvimos reunidos todos los antecedentes, aprovechando que la escuadra activa pasaría algunas semanas en Talcahuano, acordamos realizar una comida en el Club Social, entre todos los ex-dueños de la histórica prenda que se hallaran a la fecha en el puerto. Y un día sábado nos dimos cita alrededor de una bien servida mesa, nueve oficiales, encabezados por el primer dueño del frac, que la presidió.

Al iniciarse la comida, nuestro compañero pronunció un brillante discurso fundamentando la razón de tan simpática reunión, dando a conocer a su vez algunas de las comunicaciones recibidas, y expresando sus deseos que cada cual diera a conocer algún episodio relacionado con esa hermosa e inolvidable prenda que nos había sido común.

Las respuestas enviadas por aquellos que no podían hallarse presentes por estar en lugares alejados del puerto militar, eran graciosísimas, imposibles de recordar en su totalidad.

"Guardo de él —decía uno desde Punta Arenas— los mejores recuerdos de mi vida: fue más que una prenda de vestir elegante, mi más fiel compañero y confidente ¡Qué de conquistas hice a lo largo de la costa! Sin ir más lejos, conocí a la que es mi esposa, en una reunión del Club de Viña del Mar. No era yo un hombre muy afortunado físicamente, pero el frac me sentaba tan bien, que esa noche fui una verdadera sensación. La que hoy es mi suegra, dama joven e interesantísima —perdonen esta indiscreta confesión— fijó los ojos en mí, más que como futuro esposo para su hija, como un ideal de hombre. Desde ese día no me perdió de vista ni quedó tranquila hasta que salí del brazo de la joven, ya desposada, desde la iglesia de los Padres Franceses. Debo agregar que he sido enormemente feliz en mi vida matrimonial. Muchas veces mi suegra ha recordado esa hermosa joya, suspirando lánguidamente".

"La lloré como un niño —decía otro— el día que obligadamente debí cumplir las condiciones estipuladas al adquirirlo".

"Fue mi compañero ideal, mi personalidad misma —decía un tercero— ¡Qué de dulces satisfacciones me proporcionó!".

"No recuerdo haber poseído en mi vida prenda más perfecta y adorable —de-

cía otro—. Todos los éxitos de ese período de mi vida pueden atribuirse exclusivamente a ese frac".

Mi sucesor, aquel guardiamarina que lo sacara al extranjero a bordo de la "Baquedano", escribía en frases enardecidas:

"Lo lucí, como ustedes comprenderán, en el Quirinal de Roma, en el Palacio de Oriente de Madrid, ante el propio rey Alfonso XIII; en nuestras embajadas de París, Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires, regresando con él al país luciendo cuatro hermosas condecoraciones. Jamás olvidaré el éxito enorme de una noche en Sevilla, cuando estando anclados en el Guadalquivir fuimos invitados a una grandiosa recepción en el más espléndido de los hoteles. Era una noche típica andaluza, en que las estrellas se reflejaban como inefables pedrerías sobre las aguas de ese río señorial. Esa noche —la noche inolvidable de mi vida—, una sevillana digna de un Romero de Torres, cayó rendida en mis brazos; sus enormes y ardientes ojos negros se fijaban radiantes en ese frac que era una joya digna de príncipes. Créanme —agregaba—, que lo sentí en lo más hondo el día que debí desprenderme de él, cumpliendo lo establecido".

Las narraciones escuchadas a los comensales allí reunidos, no fueron menos sabrosas. Quien me había precedido, decía emocionado:

"Disfruté momentos inolvidables con él. También, como ha ocurrido a otros, debo gran parte de la felicidad de mi matrimonio a sus atributos: en un baile de gala en el Apostadero, conocí a la que es mi esposa; tengo la certeza, fue subyugada por esa maravillosa prenda. Cuando nos casamos sufrió dolorosamente al saber que ya no me pertenecía, pese a que contaba con otro ya de tres galones. Ella lo lloraba como a una joya personal".

Yo mismo narraba una historia que mucho celebraron. A poco de adquirirlo, nuestro crucero fue destinado de estación en Mejillones, por un largo período, desde abril a septiembre, fecha en que regresaríamos a Valparaíso. Por una de esas ocurrencias o jugarretas propias de la edad de un galón, los diez o doce guardiamarinas que formábamos la dotación del buque, entre cubierta y máquinas, decidimos cortarnos el pelo "al cero", rasurándonos a navaja, no siendo ello muy bien recibido por nuestro comandante, quien creyó ver en esto como un acto de protesta porque se nos dejaba abandonados tantos meses en ese puerto inhospitalario. Pero la cosa ya no tenía remedio: debíamos lucir esos largos meses nuestra grotesca figura.

El hecho no habría tenido mayor trascendencia si no fuera porque, el quince de mayo, llegó una orden del Director General de la Armada, disponiendo que el buque se trasladara a Antofagasta para representar a la Armada en dicho puerto en las festividades recordatorias de nuestras glorias navales. Fue un golpe enorme para nosotros: nuestras cabezas apenas si ennegrecían por aquellos días; la mayor parte parecíamos recién rasurados. El problema no revestía importancia para las formaciones en que se usara apuntado, pero en las sociales —¡Dios mío...!— seríamos blanco de todas las miradas de la juventud burlesca.

Pues bien: al gran baile ofrecido por el Intendente de la provincia, asistimos decididamente cuatro o cinco que teníamos frac. Demás estará consignar que fui todo un éxito. Aquella elegante prenda confeccionada por el maestro panadero, conquistó esa noche a las mejores muchachas, a las casadas jóvenes y a las que no lo eran tanto. No perdí un solo baile.

Al finalizar la fiesta, la banda del regimiento rompió con los acordes de una cueca, danza nacional que por aquellos años era poco común en los salones de sociedad e ignorada por la gran mayoría. Yo, nacido y criado bajo los boldos camperos, era uno de los pocos oficiales de Marina que la bailaba.

Cuando comenzaron los acordes, salió al frente un teniente de Ejército, seguramente el campeoncito que, para lucirse, había ordenado su ejecución; luego hizo lo mismo un civil. Los marinos no podían quedar atrás. Azuzado por mis compañeros, salté a la cancha acompañado de una morocha de fuego que era incuestionablemente la reina de la fiesta. Creo sinceramente que jamás en la vida he vuelto a bailar una cueca más magníficamente: decenas de personas hacían

ruedo animando la danza; yo, con el pañuelo en la mano derecha, la izquierda debajo de los faldones del frac, di una verdadera lección de zapateado de "punta y taco" con la misma maestría que lo habría hecho un "arriero adelantado de la huella". Cuando terminamos el primer pie, una salva de aplausos coronó nuestro rotundo éxito, al extremo que, solos, tuvimos que repetir la danza mientras nuestros contrincantes se retiraban vencidos.

Tengo la certeza más absoluta que gran parte del éxito se debió a esa magnífica joya que competía en belleza con mi pareja.

—No olvidaré jamás cómo disfruté de él —narraba otro—. Cuando lo adquirí estaba embarcado en el buque insignia, desempeñándome como simple oficial guardiero y ayudante de división, en aquella recordada escuadra del almirante Gómez Carreño.

Cuando llegamos a Coquimbo, la sociedad ofreció un baile en honor de los marinos en el Club Social de La Serena. El almirante asistió acompañado de su ayudante, un teniente segundo de buen físico pero que no lucía con la brillantez que requería una personalidad como la del distinguido marino, uno de los más varoniles y gallardos de todos los tiempos. En cambio yo, uno de los tantos asistentes, lucía magnífico; fui, puede decirse, un verdadero éxito, gracias precisamente a ese elegante frac. Fue tanta la sensación que al día siguiente el almirante dispuso mi traslado al Estado Mayor como uno de sus ayudantes y desde entonces jamás permitió que otro lo acompañara en las grandes recepciones. Ese año, en el Palacio de La Moneda, en ocasión de un banquete de gala ofrecido por el Presidente de la República, lo lucí en competencia con dorados uniformes diplomáticos y, tengo la certeza, los sobrepasé en brillo. Un día el almirante me hizo algunas bromas al regresar de un baile de gala a que habíamos asistido en Punta Arenas:

—Veo, guardiamarina —expresó— que usted es el preferido de todas las damas no solamente en el norte del país, sino en todos los puertos del litoral.

—Almirante —respondí galante— seguramente se debe al hecho que tengo el honor de ser su ayudante; es a usted a quien van dirigidas todas las miradas.

—Dígame —interrogó— ¿dónde le confeccionaron ese frac tan hermoso que, según muchas damas, es gran parte de su éxito?

Lanzó una sonora carcajada cuando le respondí:

—Lo confeccionó el maestro panadero de uno de nuestros cruceros, aprovechando la levita que se hiciera en Inglaterra hace largos más de cuarenta años, uno de los grandes almirantes del pasado.

Y escuchó entusiasmado la parte de historia que pude narrarle, que luego él contaba a sus amigos cada vez que se presentaba la ocasión, o repetía a las damas que me miraban extasiadas.

Jamás en el pasado obtuve éxitos semejantes, menos una vez que lo vendí al ascender a teniente. Lo he sentido toda mi vida. Así fueron narrando su pasado, uno a uno de los asistentes hasta llegar al teniente segundo contador, quien cerró la investigación. Su relato fue impresionante.

—Cuando ingresé al servicio —decía— fui destinado a la escuadra activa y después de un año pasé en calidad de ayudante a la Escuela de Torpedos. Algunos meses después llegó transbordado en calidad de alumno un teniente segundo recién ascendido, al extremo que allí colocó su segundo galón a la levita. Al revisar su equipo, vino a su memoria el compromiso que tenía pendiente para con el frac que guardaba entre su ajuar; como yo era el único guardiamarina de la dotación, decidió de inmediato traspasármelo, cumpliendo fielmente las disposiciones y normas establecidas: en cinco pesos, previa factura. A su vez me impuso de las obligaciones que esta prenda me llamaba a cumplir antes de ascender a teniente.

Durante diez meses fue mi más fiel compañero, mi amigo inseparable, la imagen misma de mi personalidad.

Hasta entonces había sido poco aficionado a las recepciones de etiqueta, pre-

cisamente porque no contaba con todos mis elementos propios y no era de los que gustan conseguir ropa prestada, mucho menos el frac: quien lo tenía, procuraba utilizarlo en toda ocasión. Pero ahora, la cosa cambiaba: fui desde ese instante asiduo participante de todas las reuniones en la provincia; poco a poco me hice conocido y fui conquistando la simpatía de las más hermosas damas de la sociedad penquista. Pero, una noche, en el Club Alemán, conocí a una joven casada de quien me enamoré a primera vista. Su esposo, potentado hacendado de la zona, la doblaba en edad; era terriblemente egoísta y, al parecer, sentía un verdadero placer al mantenerla abandonada. Llevaban poco más de un año casados y ella se consideraba terriblemente desgraciada. Simpatizamos desde el primer instante. Esa noche bailamos muchas veces: el frac fue mi grande y fiel confidente. Dos semanas después, nos encontramos en otro baile y luego en otro y otro, hasta que el marido se impuso de los hechos que ella confesó de inmediato, rogando le diera la libertad. El juicio de divorcio ha durado casi tres años y está pronto a terminar. Cuando éste finalice, que coincidirá con mi nuevo galón en la botamanga, nos casaremos. Tengo la certeza que seremos muy felices, porque ella es sencillamente maravillosa.

Todo se lo debo al frac. Tengo la seguridad que al no haber poseído esa prenda, precisamente esa, nunca habría sido protagonista de este hecho sentimental.

—¿Y qué fue del frac?— preguntamos todos a coro.

—Les contaré su triste fin— fue su respuesta—. Hace casi tres años, cuando estaba por ascender, recibió sus despachos de guardiamarina de primera clase ingeniero, uno de mis hermanos que recién terminaba un curso práctico en los arsenales de Marina. Fue embarcado en la escuadra activa que iniciaba un viaje a la zona norte. Naturalmente, aproveché la oportunidad para traspasárselo, cumpliendo el compromiso contraído.

—Hermano —le dije—, no te lo puedo regalar como serían mis deseos, ni lo puedo conservar, como son mis anhelos; debo vendértelo en la misma suma que lo adquirí —cinco pesos—, que me cancelarás rigurosamente y por lo cual te extenderé una factura. Pero, antes de ascender, de acuerdo a las normas establecidas por mis antecesores, deberás venderlo a otro compañero con iguales condiciones, quien, a su vez, deberá comprometerse a cumplir lo establecido.

—No te preocupes, querido hermano —respondió—, cumpliré fielmente y aún más: no me separaré de él mientras tenga este galón y si muero, pediré que me lo coloquen como mortaja.

Le puso funda azul y comenzó a usarlo con el mayor entusiasmo. En Arica, Iquique, La Serena, supo lucirlo como lo habíamos hecho todos. Las festividades de Pascua y Año Nuevo las pasó en Valparaíso. Asistió el 31 de diciembre a una cena de gala en el Club Naval y desde allí se trasladó al Club de Viña del Mar con un grupo de encantadoras muchachas. En todas partes, el frac fue admirado como una joya.

Lamentablemente, un mes más tarde contrajo un tifus infeccioso que lo llevó a la tumba. Una semana antes de morir, me trasladé a su lado. Cuando lo abracé en el lecho de muerte, se contrajo su rostro cadavérico iluminado por una ligera sonrisa y apenas balbuceante, exclamó: "hermanito, el frac...".

Tres días después entró en coma. Mis padres estaban un tanto preocupados por aquellas últimas palabras, y debí darles a conocer la conversación que habíamos mantenido el día que le vendí tan apreciada prenda, rogándole accedieran a su voluntad. Lo vestimos con él, y con él se fue para siempre".

Cuando el oficial terminó su relato, se produjo un momentáneo silencio que pronto rompió nuestro compañero.

—¡Mozo! —llamó—, traiga champaña.

Cuando los vasos estuvieron llenos, de pie pronunció aproximadamente estas palabras:

—"Mis amigos: creo que aún cuando respetamos el pesar del estimado teniente, debemos sobreponernos en homenaje a la razón de esta reunión, que no es otra, sino recordar a uno de nuestros más leales servidores en aquellos años inolvi-

dables de nuestra juventud, cuando lucíamos en la botamanga el más preciado galardón: el simple y adorable galón de guardiamarina. Todos conocen su historia; todos hemos escuchado el elogio que cada cual ha hecho de sus magníficos servicios: nacido a bordo de un viejo crucero, trazado y confeccionado por un humilde sastre aficionado —maestro panadero de profesión— lució gallardamente durante casi veinte años en todos los salones mundanos, no sólo de nuestra patria, sino en muchos países amigos. Brilló en nuestras principales embajadas, en palacios y reinos; tuvo en sus brazos princesas, emperatrices, damas de alta alcurnia y muchachitas nuestras. Fue confidente fiel de mil historias de amor y dulce lazo de unión en más de un matrimonio feliz.

Hemos escuchado su triste fin que, dentro de lo irreparable, debemos celebrar: nos habría dolido el alma saberlo arrojado al excluido, gastado y desteñido, como un trapo vulgar.

Su trance sobre la Tierra fue glorioso y noble; que el de la Eternidad le sea ligero. ¡Salud!".

Transcurridos cincuenta y cinco años, no queda en la Institución ninguno de aquellos veinte poseedores de esa hermosa y noble prenda. Los más, entre ellos su primer dueño, han muerto. Más de uno, alejado del mar, ya en el ocaso de la vida, habrá olvidado su historia. Hoy la recojo en estas páginas con el mayor afecto. Fue un fiel servidor, noble y arrogante, digno de la historia de aquel almirante que, al conservar la fina levita londinense, tal vez jamás pensó cómo se la honraría con el correr de los años, transformada en el más elegante "frac" que haya existido en nuestra Marina, en todos los tiempos.